



Entrevista a Arturo Maccanti:
La isla del mundo interior

Por Sabas Martín

Arturo Maccanti

Fotografías: Inmaculada Valenzuela



JUAN VILLALBA
MILLARES
CARLOS MARULLANA
Juan de Mirandada
Juan de Mirandada
MILLARES OBRA EN LA
MILLARES OBRA EN CA
MIGUEL MILLARES
MILLARES | Luso
MILLARES | Luso
CESAR MAN

ERRAN
SEM PERE
GARGALLO
LEIRO
SUBIRACHS

CASSO Tra
CASSO
dans lequel
en passant des
de succession

En la evolución de la poesía canaria de postguerra suele señalarse la presencia de tres generaciones sucesivas. La primera se aglutina en torno a la *Antología cercada*, de 1947, que dio a conocer a unos escritores caracterizados por la nota común de la rehumanización. Agustín Millares, Pedro Lezcano, Ventura Doreste, José María Millares y Ángel Johan son sus mayores representantes, a los que, para obtener una nómina más completa, habría que sumar otros nombres como los de Félix Casanova de Ayala, Manuel Castañeda, Carlos Pinto Grote o Rafael Arozarena. A esa primera generación de postguerra le siguió la llamada “Generación del mediosiglo”, con revistas como *Nosotros* o *San Borondón* como aglutinantes generacionales. Manuel Padorno, Luis Feria, Arturo Maccanti, Fernando Garcíarramos, Pilar Lojendio, Pino Betancor y Felipe Baeza, que nunca llegó a editar su obra en libros, comenzaron a publicar en esos años de mitad de la década. Luego vino la que se suele denominar “Generación de 1968”, dada a conocer en la antología *Poesía Canaria Última*, de 1966, realizada por Lázaro Santana y Eugenio Padorno y que, junto a los compiladores, incluía otros diez poetas más.

Encuadrada en la historia literaria de Canarias entre la primera y la tercera generación de postguerra, la “Generación del mediosiglo” supuso uno de los hitos de referencia de la escritura poética canaria. Aún hoy lo sigue siendo. Nunca hubo una estética común, sino la suma de empeños individualizados que vinieron a renovar e intensificar la voz lírica de las Islas. Algunos de sus componentes, como Manuel Padorno o Luis Feria, alcanzaron una proyección fuera del Archipiélago, en parte debido a sus períodos de estancia en Madrid. Tampoco hubo entre ellos conciencia cierta de grupo o generación, más allá del trato y la complicidad que otorga la amistad compartida. Sus obras son fruto de un empeño personal, independiente, reflejo de la multiplicidad de tendencias que abarcan desde la creación de un imaginario atlántico, las recreaciones neosurrealistas, la dicción intimista o la palabra impregnada de ética social, solidaria y comprometida. Y aún así sería posible distinguir diferentes facetas dentro de cada una de las voces.

Nacido en 1934, Arturo Maccanti sigue, desde la Isla, desarrollando su labor poética con un rigor y una coherencia modélicos. Es un poeta de la condición humana. Su palabra indaga en la complejidad y las contradicciones del ser siendo materia morible y efímera, sustancia alcanzada por el suceder del tiempo. Tímido y sin modestias impostadas, apartado del vértigo social de la literatura, su presencia podría recordar la figura de un noble senador romano. Ajeno deliberadamente de protagonismos y falsas vanaglorias, vive la contemplación de la vida desde su mundo interior. Siempre entrañable, su único compromiso es con la autenticidad de su palabra.

Nada mejor para comenzar la entrevista y completar su retrato humano y literario que ofrecer un fragmento de su "Poética", publicada en la revista tinerfeña *Fetasa* en 1992:

A la palabra muerta –y todas estaban muertas, entonces, para mí- yo le decía "levántate y anda", y veía cómo la palabra echaba a andar por el poema, y me quedaba deslumbrado y la seguía. Luego se hizo costumbre la cegadora experiencia y así por siempre hasta hoy...

Del mundo exterior que me rodea, o por donde deambulo, puedo certificar muy poco, pues nada o casi nada es constatable. Me consta que he llegado hasta aquí y que la senda ha sido más profunda que larga. Como todo conocimiento inabarcable. La memoria me trae lejanos países, lugares donde he nomadeado días y noches por plazas distantes y extrañas ciudades, parajes cruzados por ríos, territorios inverosímiles. En todas partes he sentido una gran soledad, la que cada uno reconoce como intransferible...

Entre la turba que implora a la intemperie, será difícil que alguien me reconozca. Sólo soy uno que espera, con el rostro caído sobre la tierra seca, entonando mis cantos en honor de la gracia infinita. Cada día, cada noche uno nuevo y así hasta el final del tiempo y desde siempre....

En alguna ocasión has dicho que la poesía es la “expresión de un mundo interior”. ¿Esa sigue siendo tu definición de la palabra poética?

-Efectivamente. En el transcurso de los años sigo pensando que la poesía es esencialmente la expresión de un mundo interior. Lo que ocurre es que ese interior, lo que en verdad somos por dentro, está en un medio: un paisaje, una cultura, un país... y todos esos ingredientes se mezclan al final en la escritura. Hay referencias inevitables a ello. En mis poemas siempre tengo alguna referencia exterior. Me apoyo en algún paisaje, en una estación del año, o algo semejante, a la hora de comenzar la escritura. Luego el poema se decanta solo. Pero siempre es una fluencia interior. Al menos para mí. No estoy definiendo la poesía. Estoy hablando de mi manera de pensarla.

¿Por qué y para qué escribes?

-Para que la palabra perdure en el tiempo, como diría Machado. Al menos, esa es la intención. Pero uno no escribe “con la intención de”, sino con el deseo de que aflore algo que bulle dentro. Si luego, por fortuna, lo que haces tiene la posibilidad de ser reconocido y asumido por otros, eso será el logro de la poesía. Que los demás hagan propio eso que tú has escrito... es una recompensa inesperada. Pero uno no se pone a escribir pensando en objetivos. Yo escribo porque lo necesito. Mi escritura surge de la necesidad. Hay materiales, sensaciones, visiones, pensamientos que se van acumulando dentro de uno hasta que se produce un estado de ánimo especial. Entonces urge escribir. Es la desembocadura de un río en donde también debe de estar la inspiración, supongo. Y aunque uno no escriba, siempre se está con el objetivo abierto, fotografiando el mundo.

Como una esponja...

-Algo parecido. No es un hábito. Es una forma de ser. Es tu inclinación normal para la observación de la realidad. Y de vez en cuando se materializa en la palabra.

En esa observación de la realidad que formulas a través de tu poesía, hay una presencia constante del tiempo, del sentimiento de la caducidad humana.

-La poesía es como un escudo protector contra esa indefensión en la que el ser humano transcurre. La conciencia de lo efímero, el peso de lo transitorio se da en las personas con mayor o menor intensidad. Con más

vehemencia en unos, con menos en otros. En mi caso es una constante. Como ocurre con Luis Feria, por ejemplo, en mi generación.

Cierto, aunque Feria presenta una mayor versatilidad formal y una mezcla de ironía y escepticismo. En tu caso hay un factor dominante que hace que tu poesía tenga un cierto tono entre sombrío y melancólico porque está muy presente el dolor del ser humano, la conciencia de la vulnerabilidad del existir.

-Pudiera decirse que no soy demasiado optimista. El otro que somos, el que en verdad somos, al menos yo, es el que habla desde los poemas. El otro exterior, el que se muestra a los demás, es el que sonrío y es incluso optimista con el resto del mundo. Pero dentro de mí no lo soy. Yo diría que soy intimista y existencial, si es que eso quiere decir algo.

Hablaba Borges de que la historia de la poesía es la historia de la repetición de cuatro o cinco temas fundamentales. Y, que en el fondo, la literatura no es más que el recuento de esos temas, vistos desde la propia intimidad y en un tiempo concreto.

-Y tiene toda la razón. Yo me pongo a leer lo que he escrito hasta ahora y siempre, a fin de cuentas, es un mismo poema. Son, si se quiere, distintas visiones a través de los años de la maduración de la vida, de ciertos despojamientos, de secretos desprendimientos... Al final, siempre acabo describiendo algo que se va.

¿Escribir poesía es entonces una manera de aprehender lo fugitivo, lo inapresable?

-Es una forma de intentarlo, al menos.

Tu poesía ha sido calificada como la de un clásico vivo...

-Sí, si entendemos por clásico aquel que aborda temas clásicos. Borges diría que no hay otros. El amor, el deseo, la muerte... en fin, todo eso que constituye la materia de la que estamos hechos.

En tus primeros poemas en la revista *Nosotros*, allá por la mitad de los 50, había incluso un clasicismo formal, con inclusión de metros tradicionales. Luego se ha producido una evolución posterior hacia otras formas más libres de la escritura...



-Ya sólo tardíamente escribo algún soneto, algunas décimas y sextinas... Pero uno no sabe nunca qué forma adoptará la visión poética. Los metros clásicos son como ejercicios musicales. Y, en aquellos años, en las islas, fuimos educados en una literatura que primaba todo eso. Cuando yo estudiaba Bachillerato, la historia de la literatura acababa en la guerra civil. Si acaso una pequeña nota a pie de página que aludía a Machado y a Lorca. Nada de hablar de Guillén, Alberti, Salinas, ni de Miguel Hernández, que estaba prohibido. Recuerdo como anécdota que Manolo Padorno, en uno de sus viajes a Tenerife de regreso de la Península, me trajo mecanografiado el *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman que era un texto que no estaba bien visto entonces porque decían que era un canto materialista. Whitman llegaba a afirmar algo así como que “mi dedo meñique vale más que las catedrales”, y eso en los 50 en las islas era motivo de escándalo.

Poemas aparece en 1959, seguido de *El corazón en el tiempo*, en 1963. Son libros de temática amorosa, con derivaciones religiosas e

impregnados de melancolía. Yo diría que empiezas a encontrar tu propia voz en *El tiempo que falta de aquí al día*, de 1967, donde efectivamente la poesía se convierte en la expresión de la vida interior, con un dominante sentimiento del tiempo y de la experiencia de la edad y el dolor.

-Es verdad que hay en ese libro una cierta tristeza que, a lo mejor, con la cadencia del verso, se intensifica aún más... No sé. Pero te diré que yo no soy una persona depresiva, sino melancólica. La melancolía es cuando se siente una imprecisa pero angustiada tristeza sin saber el porqué. Es el desasosiego de Pessoa. Y tienes unas espitas para poder escapar. Tienes la escritura como unos puentes para poder pasar al otro lado del precipicio. Si no, sería insoportable.

¿Sería concebible tu poesía fuera de la isla? ¿En qué manera el paisaje, la geografía la condiciona, si es que la condiciona?

-Yo en la palabra "isla" englobo a todas las islas. Porque la isla es una sola. Hablando con sicilianos, por ejemplo, me han dicho que nunca los continentales sabrán lo que es ser isleño. Los isleños tienen, tenemos, una visión del mundo, que no es mejor ni peor, sino distinta. Nuestras coordenadas son diferentes. Tal vez esa inmensa soledad que es la vida sea el reflejo de una isla. Vivir en una isla propicia que frente al mar, entre rocas, encuentres la esencia de la soledad. Y, sí, efectivamente, el entorno me puede, marca. Si mi poesía nace de la necesidad, inevitablemente tiene que inscribirse en el entorno.

Es lo que señalaba el poeta gomero Pedro García Cabrera a propósito del hombre en función del paisaje...

-Así es. Aunque tenemos limitaciones. Cuando el poeta canario dice "río", por ejemplo, es un río mental, espiritual, porque no tenemos ríos reales. Sin embargo, el mar no es literario. Es una amplitud, una ampliación contrapuesta a las limitaciones. Rafael Arozarena, uno de nuestros mayores escritores, decía en un verso: "Nos dieron de tierra sólo un puño, de cielo todo el cielo". Ese verso nos define.

¿Te consideras aislado, apartado del mundo?

-Ya no hay distancias. No ocurre como cuando Alonso Quesada viaja a Madrid, por ejemplo, a principios del XX. Hoy los viajes son algo corriente, al alcance de todo el mundo. Igual que ese otro viaje planetario e

instantáneo que es Internet. Hoy las únicas distancias son las económicas. El aislamiento es más una postura mental que física. El mar tiene una doble lectura. Nos aísla, pero también nos libera. Es cerco y salida. Otra cosa es el "apartamento", el alejamiento voluntario que uno solo se busca por su manera de ser. Yo nunca me he sentido aislado.

Sin embargo, sí es posible constatar los efectos del aislamiento físico en algunos aspectos. Al menos en el pasado, cuando llegaban con retraso, o no llegaban, noticias de lo que ocurría en la Península. Algo de esto sucedió con la percepción de la "Generación del 50" en Canarias. Siendo coetáneas ¿ves similitudes y diferencias entre la "Generación del mediosiglo" canaria y "la del 50" peninsular?

-Yo creo que en ambas hay una cierta comunidad, una cierta identidad de compromisos. Hay, ciertamente, una renovación con respecto a lo anterior. Tal vez la rehumanización de la poesía... Lo que ocurre es que en Canarias, como tú apuntabas, en aquella época de los años 50 estábamos realmente aislados. Debo decir que yo, de la "Generación del 50", me enteré mucho más tarde. Nos faltaban revistas que nos hablasen de esa nueva renovación. De verdad, estábamos ajenos. Por ejemplo: conocí a Luis Fera, que era canario y también del "mediosiglo", cuando le dieron el Adonais, por *Conciencia* en el 61. A Manolo Padorno no, a él ya lo conocía de antes. Las revistas que nos llegaban eran "sectarias", en el sentido de que continuaban en aquella poesía sometida de la postguerra. Era una poesía implicada en el instante político. El conocimiento que se tuvo en Canarias de los poetas del 50 fue fundamentalmente a través de los escritores y artistas que se iban a la Península, a Madrid. Es el caso de Manolo Padorno y Manolo Millares, que en sus cartas y cuando venían de vacaciones a las islas, nos hablaban de lo que ocurría fuera. Descubrimos tarde una poesía que era otra, que te hacía pensar y en donde latía la luz de lo distinto.

Tú residiste en Madrid del 72 al 74, trabajando en la editorial de Manuel Padorno. ¿Cómo fue esa experiencia? ¿Te relacionaste con aquellos poetas del 50?

-Padorno fundó Taller de Ediciones JB en el 72 y me llamó. Estuve un año y meses. Pero no me integré. Aún tenía reciente el dolor de la muerte de mi hijo Hugo, precisamente en Madrid, en 1968. Fue una experiencia que me ha marcado mucho. Nunca pensé que el dolor pudiese ser tan grande.

Aún hoy lo siento. Entonces yo era un tanto arisco, bastante huidizo. Y no demasiado sociable. Siempre he preferido escuchar a hablar. Sí, conocí a gente. Sobre todo por la insistencia de Manolo Padorno, pero decididamente no me integré. Lo que recuerdo es que la editorial sirvió para dar a conocer un poco la poesía canaria fuera de las islas a través de la colección Paloma Atlántica. Fue un pequeño escaparate. En ese sentido, Padorno era un gran animador cultural.

¿Existía en la “Generación del mediosiglo” canaria conciencia de grupo?

-No, decididamente no. Entre otras razones porque Manolo Padorno y Luis Feria estaban en Madrid. Otros estábamos en Tenerife, como yo o Fernando Garcíarramos o Pilar Lojendio. En Las Palmas estaba Pino Betancor. Y Felipe Baeza que no llegó a sacar libros, sino poemas sueltos en publicaciones periódicas. El aglutinamiento generacional es un concepto posterior que tiene que ver con la confluencia temporal. Nosotros vivíamos la dispersión, no sólo geográfica, sino también estética en muchos casos.

Volvamos de nuevo a la isla. Tú, que naciste en Las Palmas de Gran Canaria, de padre italiano y madre de familia portuguesa –tu segundo apellido es Rodrigues-, y que tenías nacionalidad italiana hasta que renunciaste a ella por la española en 1955, te estableces en Tenerife, concretamente en La Laguna, en 1951, con desplazamientos temporales a las otras islas, la Península y Europa. Eres Hijo Adoptivo de la ciudad de La Laguna, que es Patrimonio de la Humanidad, y que llevas a tu literatura con el nombre de Guerea. ¿Qué es Guerea?

-La Laguna es el lugar donde he vivido y estudiado. Es la ciudad por donde yo transito y la ciudad que me transita. Donde tengo raíces y donde se me ha ido la juventud. Un día, jugando con el nombre Aguer, que era como denominaban los guanches a La Laguna, saqué la palabra Guerea. Es una palabra bella, sonora, rotunda. Como Orotava, Teide y tantas otras que tenemos aquí. Y así surgió el nombre para bautizar un territorio literario mítico. Guerea es un espacio, un lugar que no es el que se ve, sino el que se siente. Es un universo físico y mental. Una ciudad mítica y mística. Está dentro de mí aunque en ella aparezcan elementos físicos. Cuando llueve en Guerea llueve en todo el mundo... Es curioso esto de los nombres concretos. Yo antes tenía una cierta prevención a utilizarlos en mi poesía. Cuando

Quasimodo habla de lugares de Sicilia, o cuando se evoca de Corfú, parece todo tan exótico, tan sugerente. Y a mí me daba como pudor emplear nombres canarios. Parecía como si no pudiesen provocar el mismo efecto en el lector. Pero ya no. En los últimos tiempos hago más referencias geográficas a nombres de la isla. Como en un reciente poema que titulo "Del silencio que crece", aún inédito, donde aludo a la Mesa Mota. El poema dice:

*De repente, el invierno
está aquí, a la puerta.
Emigra la ternura hacia la Mesa Mota,
y nuestros sueños se llenan de hojarasca,
de viento airado.*

*Alargamos el paso
hacia la casa, vértigo
de tejas, la casa
de insistentes memorias,
la casa, espejo, violín o violoncelo
de amor un tiempo.*

*Y me veo, voy erguido
bajo la lluvia, una vieja
chamarra me protege, mientras
digo: "Nos veremos, tal vez,
en las encrucijadas".
E invitará el teléfono
a las frases gastadas
de los días iguales: espías fieles
del silencio que crece y que vivimos.*

Citabas antes a Quasimodo, poeta al que has traducido junto a otros como Saba, Ungaretti o Cardarelli. ¿Qué ha aportado tu labor de traductor a tu poesía?

-Cada lengua es un corazón distinto. Es casi un tópico, pero es así. El italiano, por ejemplo, es muy próximo a nuestro idioma, pero tiene giros intraducibles. Y la música... A veces he llorado traduciendo, por una sensación de impotencia, de no encontrar la palabra justa. Pero ha sido una experiencia maravillosa. Me siento muy cómodo traduciendo. Sobre todo del italiano. Aunque también he hecho versiones, del inglés al italiano, de Cavafis.



También has colaborado con fotógrafos y pintores, como Carlos A. Schwartz y Fernando Bellver. ¿Cómo contemplas esa experiencia?

-Realmente es un trabajo gratificante. La pintura, la imagen, es otro mundo maravilloso. Es un diálogo de contemplación. Yo tengo mucho respeto a la pintura, al arte. Pero el lenguaje de las imágenes es otro, evidentemente.

En tu opinión, ¿cuál sería el papel social del escritor en nuestro tiempo?

-Hoy parece que lo que prima es lo que está en la superficie. Una superficie llena de mercantilismo, de materialismo, de ganga y beneficio, de dinero... Yo diría que el poeta es la avanzadilla de la sociedad. Detrás están miles de soñadores. Esos miles, y los poetas entre ellos, seguimos creyendo que el mundo debe levitar un poco, que tiene que levantarse del suelo para que esta vida no sea solamente ambición, interés, egoísmo. Y pienso que la gente te lo reconoce. Modestamente te digo que en el entorno en que estoy, la gente respeta la labor del poeta. Eres como un islote en

medio de una sociedad que avanza un poco a ciegas, a trompicones. Y te encuentras con personas que van por otro camino en medio de la multitud y estamos dando señales de otra cosa. De ser otra cosa. Por eso escribimos y pintamos y pensamos. Yo soy optimista en este aspecto. El otro día citaba un poema de Paul Éluard que decía: “Al principio éramos sólo un puñado; de repente fuimos una muchedumbre”... Siempre ocurre lo mismo, aunque sea a la larga. Es el movimiento de un péndulo. La carrera del ser humano está sometida a movimientos pendulares. Así, como estamos ahora, no podemos seguir. Hay que recuperar el esfuerzo, interpretar el poder de la palabra. Quiero creer que el inmediato porvenir será distinto a lo que estamos viviendo ahora.

Tú eres un punto de referencia inevitable e ineludible en la poesía canaria contemporánea. El Premio Canarias de Literatura, que te concedieron en 2003, ¿qué implica para ti?

-Yo creo que el Premio no ha tocado el ala de mi poesía. Quiero decir que el Premio es un reconocimiento a una labor, a una cierta coherencia, a una manera de ser a lo largo de los años, a la honestidad para con uno mismo... Creo que eso es lo que reconoce el galardón. Pero uno piensa que sin ese o cualquier otro premio, yo seguiría siendo como soy y escribiendo igual. Nunca he pedido ningún reconocimiento. Yo no escribo poesía para subir una escalera. La escribo porque necesito hacerlo para poder ser quien soy.

De una fiesta oscura aparece en Madrid, en Taller de Ediciones JB, en 1977. Luego le siguen títulos como Cantar en el ansia (1982), No es más que sombra (1995), Viajero insomne (2000)... todos libros publicados en las islas. ¿Por qué una poesía como la tuya no traspasa fronteras y no se edita en los grandes centros del poder cultural? Y lo mismo se podría aplicar a otros excelentes poetas contemporáneos de Canarias.

-Yo creo que hay una cierta indolencia, con excepciones, en ese aspecto. Por mi parte, al menos, así lo reconozco. A mí me han pedido colaboraciones para publicar fuera de las islas y siempre me ha dado un cierto pudor. No tengo esa aspiración. Si mis poemas se conocen fuera, bien. Pero no lo busco. No es culpa de nadie. Simplemente, no me nace. A lo mejor tendrían que ser terceros, otras personas, las que debieran asumir esa función. Pero yo no lo hago. Soy tímido en ese aspecto.

¿Cómo valoras la poesía que se hace hoy en las islas? ¿Por qué, por lo general, se desconoce tanto en la Península?

-No por falta de comunicación. Se editan buenos libros, de calidad... No sé. Quizás faltan canales de distribución y quizás sea un problema de una labor institucional. Vagancia, indolencia, dejadez... Vaya usted a saber. Bastante hace el poeta con escribir como para ocuparse encima de aspectos industriales y de difusión. Por lo menos yo.

¿Y la valoración?... ¿Tiene la poesía de las islas alguna impronta especial?

-A la más que podría parecerse la poesía canaria es a la andaluza. Por la atlanticidad y por la correspondencia histórica. Esa facilidad de ensoñación, esa mirada un poco mítica, metafísica del mundo, es parte de una misma herencia. Pero nosotros tenemos un sello personal que nos une a la condición geográfica, incluso en poetas como Manolo Padorno que vivie-



Arturo Maccanti y Sabas Martín durante la entrevista

ron mucho tiempo fuera. La nuestra es una alta poesía. Eugenio Padorno, el hermano de Manolo, tiene la teoría de que a falta de filósofos, los poetas canarios se han encargado de filosofar. Y es verdad... Nosotros soñamos mucho más que los continentales. Hemos sido sonoros con Tomás Morales, y reflexivos con Alonso Quesada, y universales con Pedro García Cabrera que, además, humanizó el surrealismo.

En tus últimas entregas poéticas, *Óxidos* (2003) y *Helor* (2005), se puede detectar una mayor esencialización de tu palabra poética. Es una palabra radicalmente sustantiva...

-Si te das cuenta, la palabra "óxidos" tiene seis letras, y "helor" cinco. Y tengo en mente un próximo libro que se titule *Ur*, con sólo dos letras. Es un proceso de progresivo despojamiento que alcanza hasta los títulos de los libros. Con los años he ido quitando cosas. Hay una progresiva decantación, una voluntad de despojar el poema de toda clase de retórica, de adjetivaciones superfluas. El poema ahora avanza hacia la búsqueda de la mayor capacidad expresiva con la mayor economía de medios. Es, como tú bien dices, una palabra esencializada, radicalmente sustantiva... Recuerdo otro poema reciente, inédito, que es así, como si las palabras se adelgazaran en sus propios ecos:

*Juntos,
florece
juntos
el
rosal
y
la
ortiga.*

Todo está en orden.

El orden que impone el tiempo marca las postrimerías de la entrevista. Aún hablamos de la estrecha vinculación del poeta con las jóvenes generaciones de escritores canarios que ven en él a un amigo, maestro y cómplice. Algo que lo enorgullece y lo hace sentirse vigorosamente atento a nuevas sensibilidades. Y hablamos también de las tentaciones de la prosa de alguien que se define en la escritura como esencialmente poeta.

En la actualidad Arturo Maccanti escribe a ratos algo que no quiere llamar "memorias", sino evocaciones, viñetas, sugerencias que acuden a la mano que escribe al hilo de los recuerdos. Como cuando siendo aún adolescente, allá por los años 46 y 47, coincidía en la Playa de Las Canteras, en Las Palmas de Gran Canaria, con Martín Chirino, Felo Monzón, Tony Gallardo, Manolo Millares, Manuel Padorno... nombres todos ellos imprescindibles del arte y la literatura canaria, y con repercusiones aun más allá de lo estrictamente insular. Era la Playa de los locos, como le dijo un día a Maccanti su madre: "Esa playa está llena de locos". Locos isleños, singulares, que hablaban de jazz, de política, de vanguardia, de arte... a veces en inglés.

Con esa última evocación iniciamos la despedida. Es el momento del adiós. Desde esa remota playa del pasado, Arturo Maccanti se pierde ahora entre las sombras sin tiempo de las calles de Guerea.

Arturo Maccanti